

SENDER, VISTO POR UN BIBLIÓFILO ARAGONÉS

Por **Antonio VILLANUEVA**

(Reseña publicada en *Alazet. Revista de Filología*, 13, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001 (*Boletín senderiano*, 11, pp. 359-364). ISSN 0214-7602.)

José Luis Melero, <i>Leer para contarlo. Memorias de un bibliófilo aragonés</i> , Zaragoza, Ibercaja, 2003.

José Luis Melero acaba de publicar un libro de memorias que es todo un hallazgo. Cuando dentro de unos años se quiera estudiar la vida editorial y librera de Zaragoza en el siglo XX, habrá sin duda que referirse a él. A lo largo de más de doscientas páginas de amena lectura, el autor va refiriendo anécdotas, aportando datos y comentando libros, todo ello en un estilo elegante, no exento de detalles de humor.

Melero es especialista en libros españoles raros y curiosos, sobre todo de los siglos XIX y XX y de temática literaria. Consumado lector de memorias y biografías, los autores aragoneses --y entre ellos, Sender y Jarnés-- son sus devociones. Es por eso por lo que comentamos aquí esta obra primeriza, en la que se aprecian maestría y oficio. Por algo su autor es bibliófilo desde hace más de treinta años. Tres décadas largas dedicadas a la pasión de la lectura y al hallazgo exquisito de obras perdidas, descatalogadas, desconocidas; hallazgos luego divulgados en eruditos artículos, prólogos, introducciones y antologías que ya son multitud y que Melero había escrito antes de decidirse a editar su primer libro, este volumen del que ahora hablamos, en la colección que dirige Eloy Fernández Clemente, la *BArC (Biblioteca Aragonesa de Cultura)*.

Ramón J. Sender es una de las presencias más reiteradas en este sustancioso manual de bibliofilia española, como puede comprobarse de un simple vistazo al excelente índice onomástico que incluye al final del volumen. Algunas de esas anécdotas senderianas, referidas al autor de Chalamera y a sus compañeros de generación, son las que vamos a comentar aquí pues, como se verá, aportan datos hasta ahora poco conocidos o decididamente desconocidos. No trataremos, entonces, de hacer una reseña completa del volumen, sino tan solo de destacar las aportaciones senderianas¹.

Melero escuchó a Sender en el Ateneo zaragozano en 1974 y también lo hubiera escuchado en el tercero y último de los viajes que don Ramón hizo a Zaragoza, en octubre de 1976, invitado por la editorial Sedmay a presentar su novela *La efemérides*, de no haber sido porque, en aquella ocasión, el acto tuvo que suspenderse a causa de un fortísimo ataque de asma que el escritor sufrió horas antes de su inicio. La suspensión

¹ Reseñas del libro de Melero o comentarios sobre el mismo han aparecido varios. Por ejemplo, Sanmartín, Fernando, "Las pasiones de un lector", en *Artes y Letras*, suplemento literario de *Heraldo de Aragón*, 13 de febrero de 2003, p. 6; Castro, Antón, "El cuento feliz del azar", *Heraldo de Aragón*, 20 de enero de 2003; García, Mariano, "José Luis Melero" (entrevista), *Heraldo de Aragón*, 18 de enero de 2003, p. 37; Romeo, Félix, "Los libros de los otros", *Trébede. Mensual Aragonés de Análisis, Opinión y Cultura*, Zaragoza, marzo 2003, nº 73, pp. 79-80.

motivó que José Luis Melero se quedara sin la dedicatoria de puño y letra de Sender, si bien años más tarde pudo conseguir en Madrid, en la librería Dédalus, un ejemplar de *Viaje a la aldea del crimen* (1934), en el que el autor había puesto la dedicatoria “al camarada Carnicero”.

Uno de los temas en los que Melero es experto es el de los libros de viajes de intelectuales españoles a la URSS en los años 20 y 30, y cita en su libro a Julio Álvarez del Vayo², José Ruiz Borau³, Rodolfo Llopis, Josep Pla, Manuel Chaves Nogales, Luis Amado Blanco, Enrique Díaz-Retg, Ángel Pestaña, Diego Hidalgo...⁴ Como sabemos, también Sender hizo aquel viaje iniciático y escribió dos obras a partir de la experiencia soviética: *Madrid-Moscú (Narraciones de viaje)* y *Carta de Moscú sobre el amor (A una muchacha española)*, ambas de 1934.

También cita Melero a Santiago Pelegrín, autor de varias portadas para los libros editados por Zeus, entre ellas *El verbo se hizo sexo* (1931), de Sender⁵; *El nuevo romanticismo*, de Díaz Fernández; *Fauna contemporánea*, de Benjamín Jarnés; *El comedor de la Pensión Venecia*, de Arderius...

En la página 102, Luis Melero da por segura la autoría de Rafael Giménez Siles del prólogo que supuestamente don Ramón del Valle-Inclán había puesto al primer libro de Sender, *El problema religioso en Méjico* (1928). Esta cuestión ha sido discutida por la crítica. La autoría de Giménez Siles es defendida por Gonzalo Santonja⁶. Pero Jesús Vived alude a una conversación con el profesor Pelai Pagés, en la que recordaba que Juan Andrade le había confesado ser el autor del citado prólogo.

En la página 103, nuestro bibliófilo se suma a la tesis de Donatella Pini sobre la fraudulenta degradación militar de Sender por Enrique Líster durante la guerra civil, respaldándose igualmente en la autoridad de José Domingo Dueñas.

Y en la página 152, recuerda la librería San Quintín, de Santander, propiedad de Rodolfo Plana, donde compró *O. P. (Orden Público)* (1931), libro senderiano con cubierta de Puyol, reeditado en 1941 por las Publicaciones Panamericanas, en México.

Valencia es un lugar que le trae suerte a Melero en lo tocante a Sender. Allí encontró, en la Librería Anticuaria La Idea, de José Luis Castillo, el libro de Pío Baroja *Las horas solitarias*, donde el novelista vasco relata su excursión electoral a Fraga, acompañado por escritores y políticos aragoneses, como Joaquín Maurín, Felipe Aláiz o

² Julio Álvarez del Vayo llegó a ser ministro de Asuntos Exteriores del Frente Popular durante la guerra civil española y es autor de dos importantes libros de viajes a la Rusia soviética: *La nueva Rusia* (1926) y *Rusia a los doce años* (1929).

³ José Ruiz Borau, zaragozano, es autor de *Apuntes de un viaje a la U.R.S.S.* (Barcelona, 1938). Borau ha universalizado su seudónimo literario, “José Ramón Arana”. Fue editor y librero en el exilio mejicano y autor de *El cura de Almuniaced* (1950), una de las grandes novelas del exilio. Hay un libro de Simón Otaola, titulado *La librería de Arana*, que narra las aventuras de este curioso personaje.

⁴ “Siempre pensé –y mis amigos me animaban a hacerlo— que debería escribir algún artículo sobre esos libros de viaje pero nunca lo hice. Años más tarde, en 1995, Pablo Sanz Guitián publicaría una antología de algunos de esos viajes y de otros muchos viajes a Rusia con el título de *Viajeros españoles en Rusia*” (Melero, p. 161).

⁵ En la p. 136, explica cómo, después de haber buscado largo tiempo la edición original de *El verbo se hizo sexo*, de pronto, localizó dos ejemplares, uno que se quedó él y otro que cedió a su amigo y bibliófilo Ángel Artal.

⁶ Santonja, Gonzalo, *La República de los libros*, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 40.

Bescós Almudévar. A esta excursión, se refirió también Sender en alguna ocasión, a quien le gustaba recordar que su amigo el dibujante Bagaría pronunciaba la jota como ge suave y decía a los amigos, con total seriedad, que Fraga iba a nombrarle “higo adoptivo”. Pero es que aparte del libro de Baroja, Melero encontró en Valencia uno de los más raros libros de Sender, *La República y la cuestión religiosa* (Barcelona, 1932), conjunto de artículos aparecidos en *La Libertad* y otros diarios revolucionarios, editado en volumen por las Ediciones Cultura Libertaria, que durante mucho tiempo ni siquiera figuraba en las bibliografías, y sobre el que Javier Barreiro presentó una documentada comunicación en el I Congreso Internacional Senderiano, celebrado en Huesca, en 1995⁷.

Otro tema en el que es experto José Luis Melero es el de la guerra de África. No olvida citar a ninguno de los autores que han tratado sobre ella, inclusive *Marruecos. Diario de una bandera*, de Francisco Franco, del que se dice que en realidad lo escribió un “negro”, el periodista catalán Juan Ferragut. Estas son algunas de las obras mencionadas por Melero: *Lo que vi en la guerra. Diario de un soldado*, de Eugenio Noel; *Notas marruecas de un soldado*, de Ernesto Giménez Caballero; *Tras el águila del César y Tetramorfos*, de Luys Santa Marina; *La pared de tela de araña*, de Tomás Borrás; *Abd-el-Krim y los prisioneros*, de Luis de Oteyza; *Una guerra africana*, de Ignacio Martínez de Pisón... Y estos algunos de los autores: Víctor Ruiz Albéniz, Fermín Galán, López Rienda, Eduardo Roselló, Luis Antonio de Vega. Su conclusión, tras haber leído todo lo habido y por haber sobre la cuestión, es la siguiente:

“...con lo que me convertí en un discreto conocedor de la materia y me sirvió para comprobar que aquella desdichada guerra —como si alguna no lo fuera— sólo había dado tres novelas importantes: *Imán* [de Ramón J. Sender], *El bloqueo* [de José Díaz Fernández] y *La forja de un rebelde* [de Arturo Barea]” (p. 142).

Pero sin duda la revelación más sensacional que hace Melero es su hallazgo de una edición de *Primera de Acero*, de Sender, hasta ahora desconocida. Esta obrita, que luego pasó a constituir el capítulo octavo de *Contraataque* (1938), indica que la encontró en la Librería del Prado, de José Blas Vega, en Madrid. Cita a José Domingo Dueñas, quien ha datado la obra en diciembre de 1936:

“Pero de *Primera de Acero* hay no una sino dos ediciones diferentes, ambas sin fecha, promovidas por las Ediciones del Quinto Regimiento e impresas por Aldus, Consejo Obrero, en Madrid. Pepe Blas tiene las dos ediciones y me envió fotocopias de la que yo no conocía. En realidad esta otra edición de *Primera de Acero* es desconocida para casi todo el mundo, incluida Elizabeth Espadas, reciente autora de una monumental guía bibliográfica de Sender —*A lo largo de una escritura*— en la que sólo se hace referencia a una edición de este libro” (pp. 159-160).

Interesante es también la anécdota que cuenta acerca de la destrucción de un ejemplar de *Siete domingos rojos* (1932):

“Hacia 1933 Usón fue testigo de un triste suceso relacionado con Ramón J. Sender. Una mujer de aspecto miserable le adquirió *Siete domingos rojos*, una de las grandes novelas del aragonés, con cubierta de Manuel del Arco, que había aparecido el año anterior.

⁷ Barreiro, Javier, “Un opúsculo olvidado de Ramón J. Sender”, en Ara Torralba, Juan Carlos y Fermín Gil Encabo (edits.), *El lugar de Sender. Actas del I Congreso sobre Ramón J. Sender (Huesca, 3-7 de abril de 1995)*, Zaragoza-Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Institución Fernando el Católico, 1997, pp. 295-302.

El libro estaba marcado a cinco pesetas y cincuenta céntimos, pero en vista de la pobre situación por la que parecía atravesar aquella señora nuestro librero le rebajó los cincuenta céntimos. La mujer, tras buscar largo tiempo en su bolso, consiguió al fin reunir tres pesetas en calderilla y dos en plata, pagó el libro, se lo llevó y a la vista del librero lo arrojó con desdén a una alcantarilla. No andaba en verdad sobrada de buen gusto literario nuestra buena señora pues *Siete domingos rojos* es sin duda una espléndida novela, una de las mejores de Sender y una de mis favoritas entre las suyas desde que la leí hace ya muchos años, creo que hacia 1975 ó 1976, en una modesta edición de la editorial argentina Proyección. Tal vez quisiera destruirla por razones ideológicas pues es una novela muy comprometida y combativa, pero en ese caso tan intolerante señora habría tenido que dedicarse a destruir una buena parte de la literatura española de la época: Arconada, Arderius, Isidoro Acevedo, César Falcón, Zugazagoitia, Garcitoral, Samblancat y tantos otros novelistas que quisieron poner sus obras al servicio de la revolución. Aunque bien pensado quizá eso era precisamente lo que había estado haciendo los últimos años y lo que le había llevado a la ruina. De ahí que presentara un aspecto tan deplorable” (p. 120).

Habla Melero de un ilustre visitante de las Españas, el irlandés Walter Starskie, autor de *Aventuras de un irlandés en España* (Madrid, Espasa, 1937), citado por Sender en alguna de las novelas de la serie de Nancy y también en una de sus últimas obras maestras, el libro de artículos *Álbum de radiografías secretas* (1982). Melero recuerda la amistad del hispanista con los hermanos Baroja, que fundó el Instituto Británico de Madrid y que era un especialista en los gitanos, razón por la que Sender lo cita en la pentalogía de Nancy, que, como sabemos, es la historia de las andanzas y vicisitudes de una estudiante americana que viene a Sevilla para hacer su tesis doctoral sobre la cultura gitana. Esto dice Melero (p. 157):

“[Starkie] estuvo en Zaragoza en 1944 invitado a dar una conferencia sobre el pueblo gitano (ese mismo año publicaría *Don Gitano* en la colección “Rosa de los Vientos” que dirigía José Janés, libro fundamental para conocer la vida y costumbres de los gitanos españoles”.

Por último, remito a los senderianos a las páginas 54-57 del libro de Melero, donde habla del hallazgo de un folleto desconocido escrito por Benjamín Jarnés, *La obediencia militar* (1912), editado por el Regimiento de Infantería de Aragón número 21 y ganador del primer premio del certamen literario convocado por la organización militar para premiar “un tema dirigido a mantener a la mayor altura posible el espíritu militar”. El folleto va, además, dedicado al coronel del Regimiento, don Francisco de Vera y García y, según Melero, es

“un texto conservador en extremo en el que Jarnés, después de aclararnos que sin obediencia no hay soldado, sin éste no hay ejército y sin ejército no hay orden, nos habla del modo de inculcar en el soldado el espíritu de obediencia”.

Por supuesto, a Melero le llama la atención el contraste entre el Jarnés reaccionario de estos años y el progresista y comprometido, republicano, exiliado de después. Y explica que, en los años mozos de Jarnés,

“no podía esperarse de otro modo en alguien cuya vida se había desarrollado hasta ese momento entre la Iglesia y el ejército”.

Curiosamente, la crítica senderiana ha señalado la contradicción entre los artículos pro-militares que Sender publicó en *El Telegrama del Rif*, en Melilla, mientras hacía la instrucción militar (entre 1922 y 1924) y el espíritu antibelicista de su primera novela, *Imán* (1930). Como vemos, se trata de trayectorias paralelas de dos jóvenes

aragoneses que, procedentes de los ambientes pequeñoburgueses, hicieron suya posteriormente la causa del proletariado y la revolución.

En fin, sin ser un libro senderiano, el libro de Melero resulta enormemente interesante para los senderianos, principalmente por las referencias que aquí hemos incluido y también por ser obra documentadísima sobre autores y escritores españoles de los siglos XIX y XX, de amena lectura y excelente ambientación de época. Narra, además, jugosas anécdotas y presta especial atención a los autores aragoneses. *Leer para contarlo. Memorias de un bibliófilo aragonés* es uno de esos libros cuya lectura deja huella y que siempre aporta algo: un dato, una curiosidad o una gracia inolvidable.